

Diciembre fue un mes de drama pero también de encuentro

El trabajo silencioso de la Iglesia

Dalila Itriago*



Treinta y siete diócesis, en todo el país, se solidarizaron con el llamado ante la emergencia nacional por las lluvias. Un evento que estimuló desde la más humilde donación en la parroquia, hasta el apoyo más decidido del empresariado nacional. Todos alrededor de una causa común, ayudar al que más lo necesita

Señora, es poco, pero lo damos con cariño y amor en nombre de Dios. ¡Haga oración, que eso es lo que nos da fuerza para seguir adelante!” Así les hablaba el párroco de San José de Barlovento, Teodoro Sosa, a los damnificados por las lluvias de las zonas de Caño Grande, Mato y Conde, en el estado Miranda; mientras les entregaba bolsas de alimentos y agua potable donadas por Cáritas de Venezuela, la pastoral social de la Iglesia católica.

—¡La bendición, padre!, le gritaban, cuando pasaba por la carretera principal, frente a los caseríos.

—Dios me la bendiga, hija; respondía.

Y así el padre continuaba su recorrido, pidiéndoles unión en el rezo. Sin embargo, algunos habitantes de estos caseríos permanecían sentados a las puertas de sus casas o sobre las platabandas. Inmóviles. Como si toda la lluvia caída a fines de 2010, se hubiera desplomado sobre ellos, robándoles un poco de su espíritu, dejándolos un tanto ausentes de sí mismos.

GENTE EN ACCIÓN

Miguel Hernández y Maura Obelmejías acompañaron al padre Sosa a repartir la comida, aunque ellos también eran damnificados. Sus casas, ubicadas en la urbanización La Amistad, de Barlovento, al igual que las de otras 300 familias, quedaron anegadas luego de interminables horas de lluvia. Perdieron así todos sus muebles, electrodomésticos, ropa y alimentos. Sorprendía verlos recorrer las calles y saludar a sus conocidos, mientras daban ánimo y esperanza, aunque ellos también fuesen afectados directos de las intensas precipitaciones. “Estoy con Dios y con él es con quien tengo que estar —dice Miguel—, y sí es cierto, perdí lo material, pero todo eso es recuperable”.

Entretanto, Maura contaba que apenas se enteró de que llegarían dos camionetas de Cáritas de Venezuela, quiso quedarse para preparar el almuerzo de la casa cural y viajar con el equipo hasta el Caserío de La Arenita, en el municipio

Andrés Bello, para ayudar a otros que estaban viviendo sus mismas circunstancias. “Mi fuerza proviene de la creencia y la fe en el Espíritu Santo. Hago mucha oración, soy muy creyente y estoy convencida de que Dios es quien nos da el poder para resolver las situaciones. No sólo brindamos apoyo en alimentación, también lo hacemos en la oración, pues hay que alimentar el alma y el corazón”.

ESTAR EN TODO

Mientras en Miranda este equipo apoyaba al padre Teodoro Sosa en el acompañamiento pastoral, y, el santo patrono de Barlovento, San José, escuchaba desde las puertas de la Iglesia los humildes y dulces reclamos de los lugareños, que le pedían que detuviera la fuerza de las lluvias, como si le hablaran a un amigo: “Chico, ya está bueno de tanta agua”; en el Zulia, por los lados de la Guajira, la hermana Amarilys Ibarra recorría junto al presidente de la Conferencia Episcopal Venezolana, monseñor Ubaldo Santana, las comunidades afectadas de Sinamaica, para detectar cuáles eran las necesidades de ese sector y ofrecerles soluciones a las más de dos mil 500 personas afectadas. Y en Tucacas, estado Falcón, el padre Elías Sánchez repartía doce toneladas de alimentos a seiscientas personas damnificadas de Chichiriviche, La Menca, y la parroquia Nuestra Señora del Carmen. “Me parece grandioso que con este donativo –comentó Sánchez–, la Iglesia católica se haga presente en los sectores más necesitados; siguiendo de esta manera las luces del Evangelio”.

No se trata de casos aislados. Al departamento de la Iglesia católica encargado de ejecutar las acciones sociales, se le denomina pastoral social, o también se le llama Cáritas; término proveniente de la teología católica que significa caridad. En Venezuela, apenas arreciaron las lluvias el 27 de noviembre de 2010, Cáritas emitió un comunicado público el cual informaba a la ciudadanía sobre la apertura de 37 centros de acopio en todo el país, ubicados en las respectivas Cáritas diocesanas del interior, así como en las distintas parroquias eclesiales. En Caracas, desde el primer momento, las capillas de las zonas más vulnerables se abrieron para recibir a los damnificados y funcionar como refugio: las parroquias Nuestra Señora del Carmen, Sagrado Corazón de Jesús, y Perpetuo Socorro, en la Cota 905; las capillas Cristo Rey y El Carmen, de Catia; la vicaría de Santa Ana, en Antimano; así como el Colegio Las Casitas, de Fe y Alegría, en La Vega, sirvieron de hogar provisional para miles de familias.

Amplitud que se replicó en todas las organizaciones que conforman la Red de Acción Social de la Iglesia Católica, Fe y Alegría, UCAB, el Centro Gumilla, el movimiento juvenil Huellas,

organización de la Compañía de Jesús, el Servicio Jesuita al Refugiado, la Asociación Venezolana de Servicio de Salud de la Iglesia Católica, el Centro al Servicio de la Acción Popular, y, la Asociación Venezolana de Escuelas Católicas. Todas conformaron un importante y resistente tejido ante la adversidad, que sirvió de muro de contención ante el drama humanitario que vivieron tantos venezolanos.

AQUÍ Y ALLÁ

Desde el 1 de noviembre y hasta el 9 de diciembre de 2010, los once estados declarados en emergencia nacional arrojaron un saldo de 35 personas muertas y diez desaparecidas; 29 mil 292 familias afectadas y 114 mil 617 personas damnificadas, las cuales fueron ubicadas en 841 albergues a nivel nacional. Ante esta realidad Cáritas enarboló, una vez más, la bandera de la vida y la esperanza y junto a toda la Red de Acción Social de la Iglesia y las diócesis del país, logró llegar a las poblaciones afectadas para entregar, además de una palabra de aliento, 116 toneladas de alimentos, 37 mil litros de agua potable, veinte toneladas de ropa y siete toneladas de *kits* de higiene para los hermanos damnificados. En total, 180 toneladas de ayuda humanitaria en las regiones afectadas.

Esta ayuda benefició a 22 mil venezolanos sin distinción de razas, credos o filiaciones políticas; y puede ser un vivo ejemplo de cómo se puede armonizar el trabajo en conjunto cuando existe un objetivo común, claro y definido. Es así como podemos afirmar que logramos coordinar acciones con las comunidades de base, con los centros municipales de apoyo al poder popular, con el Ejército –que en más de una ocasión visitó el Centro de Acopio de Cáritas para proveer de alimentos a los refugios–, con voluntarios de distintas parroquias –quienes cargaron y descargaron 180 toneladas de ayuda en sus manos–, con la empresa privada, sin cuyo valioso espaldarazo quizás no habríamos actuado con tanta contundencia; con la Cámara Venezolana de Industrias de Alimentos, Cavidea, la cual fue solidaria desde un primer momento y sin demora; con las ONG como Amnistía Internacional que nos acompañó el 24 de diciembre a llevar juguetes a los niños refugiados en los albergues de la Cota 905; con los medios de comunicación que reiteraron nuestro llamado de ayuda, sensibilizando a la población con la emisión de nuestros comunicados y con todos los hombres de buena voluntad quienes, con su aporte, nos ayudaron a contribuir con la disminución del dolor ajeno.

* Miembro de la pastoral de acción social Cáritas de Venezuela.